

Señor Rolando Chuaqui

En nombre de la Universidad Católica de Chile, cumpla con el penoso deber de despedir los restos de un amigo muy estimado, de un colega profundamente respetado, de uno de los maestros más importantes que han honrado nuestra casa, de un profesor ejemplar, de un hombre de ciencia de sobresaliente distinción.

Ya no contaremos nunca más con su consejo, agudo, profundo y humano. A muchos les faltará la guía, el apoyo, la inspiración en su trabajo matemático, y a todos nosotros su voz siempre al servicio de la universidad y de la ciencia.

Fue entre nosotros el maestro insuperado en lógica matemática. Su libro "Truth probability and possibility" fue como la más robusta demostración de un talento de primer orden y de una dedicación apasionada de toda una vida a esta rama fundamental del conocimiento humano.

Fue el espíritu inspirador, el creador de nuestro Instituto de Matemática primero y de nuestra Facultad de Matemática después. A esa obra le consagró una solicitud sin límites, reuniendo talentos destacados y consagrándole una preocupación permanente y ejemplar a la formación y perfeccionamiento de sus colegas. Defendió los intereses de su Facultad con admirable tenacidad y paciencia, y ejerció su gobierno con ejemplar prudencia.

Valoró altísimamente la enseñanza, incluso aquella de los niveles más elementales. Mantuvo siempre la tesis de que su ciencia debía ser enseñada por quienes la practican y la conocen desde dentro, y en consecuencia él mismo ejerció la docencia fundamental con una dedicación ineludible.

Compartió las tareas del gobierno general de la Universidad desde el Consejo Superior por muchos períodos hasta que nos hizo acostumbrarnos a contar con su juicio ponderado, siempre atento a los intereses superiores de la cultura y de la ciencia, con esa curiosa mezcla de exigencia y tolerancia que es la marca de espíritus superiores que ven más claro que otros, pero tienen paciencia con ellos.

Aportó su experiencia, su vastísima cultura, su inquietud intelectual a muchísimas tareas universitarias donde dejó una huella que no se borrará.

En otras universidades nacionales y extranjeras, en la Academia de Ciencias, en la Sociedad de Matemática y en muchas otras instituciones y actividades culturales, fue el rostro respetado de nuestra universidad, y un agente incansable de progreso científico.

El recuerdo de esos méritos y de muchos otros son como voces que nos hablan de él.

Hoy todo eso calla en el silencio de la muerte.

Y es otra la voz que se hace oír.

La que recuerda al hombre que tuvo tierno cariño por los suyos, capaz de amar y sufrir hasta el extremo.

La del maestro que hizo benévolamente suyas las ansiedades de tantos discípulos, que los sirvió solícitamente en sus necesidades, que los orientó en sus caminos.

La del profesor que creyó que sus alumnos merecían lo mejor, y que tenía que darles lo mejor de sí.

La del hombre servicial que se derramó en todo aquello en que creyó que podía ser útil.

La voz, en suma, que nos dice que lo único que queda, lo único que nos quedará también a nosotros cuando hayamos dado el mismo paso que Rolando, es el bien que hayamos podido entregar. Lo único que guardaremos y será nuestro en verdad, será lo que hayamos regalado del fondo de nosotros mismos.

Esa es la voz que oímos, y que nos alcanza en medio de nuestro desconsuelo, cuando pensamos en el hombre que acabamos de perder. Una voz que nos trae en un susurro las palabras de San Juan de la Cruz:

"En la tarde de la vida serás examinado en el amor"